

Movimientos en Oriente Próximo

Carlos LARRÍNAGA
Historiador y politólogo

Aunque el Lejano Oriente se ha convertido en las últimas décadas en el auténtico quebradero de cabeza para el Despacho Oval, dadas las perspectivas de futuro que la mayoría de los analistas atribuyen a China, la Administración Biden está llevando a cabo movimientos de calado en Próximo Oriente que podrían alterar la situación en esa parte del mundo en caso de llegar a buen puerto. En concreto, me estoy refiriendo al deseo de Washington de conseguir un acuerdo entre sus principales aliados en la región, Arabia e Israel, al mismo tiempo enemigos históricos. Desde sus respectivas independencias, en 1932 y 1948, han contado siempre con el respaldo estadounidense. El objetivo declarado de Biden es lograr “una región más integrada” frente al poderío de Irán, que cuenta con fuertes influencias en Irak, Líbano o Yemen. ¿Y por qué ahora? Porque, desde el punto de vista geoestratégico, desea concentrar todas sus fuerzas en la guerra de Ucrania y en China, su gran rival. Propiciando un pacto de esta naturaleza, no sólo pacificaría la zona, sino que tendría las manos libres para centrarse en los dos problemas que realmente le preocupan.

Con independencia de la retórica diplomática, las relaciones de Biden con los dirigentes de ambos países no han sido fáciles en los últimos años. Respecto de Israel, y formando tándem electoral con Obama, el actual inquilino de la Casa Blanca tuvo momentos críticos con Benjamín Netanyahu. El bulo de que Obama podía ser musulmán y de que no había nacido en Estados Unidos fue obra de los israelíes. Su propio discurso del 4 de junio de 2009 en la Universidad caiota de Al-Azhar, abogando por un “nuevo comienzo” entre los Estados Unidos y el Islam y buscando solucionar el problema palestino, le valió el premio Nobel de la Paz, pero también un alejamiento del líder judío. Alejamiento que llegó a sus máximas cotas en 2015, cuando Netanyahu fue invitado por el presidente del congreso, el republicano John Boehner, a hablar en el Capitolio, sin saberlo la Casa Blanca. En cuanto a Arabia, con los informes de la CIA y de la ONU apuntando como responsable del asesinato del periodista Khashoggi al príncipe heredero saudí Mohamed bin Salmán (MBS), Biden amenazó con tratarlo como un paria en la campaña presidencial, caso de salir vencedor. Lo cierto es que luego no ha sido así y MBS no ha tenido ningún problema en seguir moviéndose por los foros internacionales y estrechar manos a los líderes mundiales, incluido Biden. Si bien, cuando éste le pidió que Riad aumentara el número de barriles de petróleo para evitar la escalada de precios en medio de la guerra de Ucrania, MBS hizo lo contrario. Fue una prueba clara de que el mandatario árabe no está dispuesto a someterse a los dictados de la Casa Blanca. La evidencia está en que MBS mantiene unas buenas relaciones con Putin, Arabia aspira a entrar en el grupo de los BRICS y, a instancias de China, ha restablecido relaciones diplomáticas con Irán.

Con su popularidad bajo mínimos, con Donald Trump amenazando con su reelección y a las puertas de un posible juicio político por los desmanes cometidos por su hijo Hunter, Biden buscaría en esta operación, además de lo dicho anteriormente, mejorar su imagen y lograr un tanto político de envergadura. Porque, mientras en el resto de naciones la política exterior no hace, salvo excepciones, ganar o perder unas votaciones, en Estados Unidos, debido a sus implicaciones mundiales, la cosa cambia. Se han cumplido tres años de los Acuerdos de Abraham entre Israel, Emiratos Árabes Unidos y Bahrein, a los que seguidamente se sumaron Marruecos y Sudán, auspiciados por la Administración Trump, pero Biden busca implicar a Arabia. El convenio

contribuiría a mitigar la tensión en Oriente Próximo, lo que haría que MBS centrara todas sus energías en sus reformas económicas para hacer de Arabia un país menos dependiente del petróleo. A cambio, Riad exigiría un programa de energía nuclear civil y una alianza de seguridad militar cuando menos similar al que acaba de firmar EEUU y Bahrein. Para Israel, el pacto con Arabia sería un logro diplomático de alcance enorme. No en vano, Arabia es la cuna del Islam y cuenta con las dos ciudades santas de La Meca y Medina. Esto haría que se rompieran todos los tabúes, podría abrir la puerta a nuevos convenios y le serviría para contener el influjo de Irán. Hay, en cualquier caso, un asunto que no debe pasar desapercibido: Palestina. El Partido Demócrata sigue siendo favorable a los dos estados y, por consiguiente, es de suponer que el dignatario norteamericano exija algunas contrapartidas a Israel en este sentido. La Administración Obama, con Biden como vicepresidente, siempre se opuso a la expansión de las colonias en los territorios ocupados. En consecuencia, si Netanyahu quiere acercarse a Arabia, tendrá que hacer concesiones y desligarse de sus socios de gobierno más extremistas. Sin embargo, no parece que el arreglo sea factible en el corto plazo, de manera que, con las presidenciales a la vista, Biden tendrá que forzar la máquina si quiere obtener algún fruto.

17 de septiembre de 2023

Publicado en *El Diario Vasco*, 21 de septiembre de 2023, p. 23